



El Backgammon de la vida

No sería inoportuna la comparación de un tablero de backgammon con *Olive Kitteridge*, la nueva entrega de la estadounidense Elizabeth Strout (Portland, Maine, 1956) a quien ya conocíamos aquí por su primera y hasta el momento única novela, *Amy e Isabelle* (Muchnik 2001). En Crosby, la población en que se ambientan los trece cuentos que integran el nuevo volumen, los personajes se mueven como fichas independientes pero interrelacionadas, objetos por igual del azar y de la estrategia, cuyo objetivo es sin duda común: sobrevivir y llegar al final sin ocupar en ningún momento las casillas pertenecientes a los demás. "A veces, como en ese momento, Olive cobraba conciencia de con qué desesperación se esforzaban todas las personas del mundo por conseguir lo que necesitaban. Para la mayoría, era seguridad, en el mar de horror en que la vida se convertía cada vez más. La gente creía que la clave era el amor, y quizá lo fuera" (página 256).

Podría resultar engañoso el título del libro -ya a estas alturas Premio Pulitzer 2009 y flamante Premio de los Libreros de Cataluña y también de los de Italia-: *Olive Kitteridge* es la antigua maestra de matemáticas de Crosby, que ha impartido la asignatura a varias generaciones, y que conoce a la mayor parte de los habitantes del lugar y sus vidas. Funciona, es verdad, como nexo de las distintas historias que se presentan, aunque a veces de un modo algo forzado, de refilón, casi como para justificar el título y dar al volumen la apariencia de una novela, cosa que a todas luces no es. Esta sería la única y ligera objeción a este espectacular desfile de personajes que por su plasticidad nos catapultan de forma inevitable al mundo cinematográfico y, más concretamente, a películas sobre el desencanto, el coraje y el desconcierto como *American Beauty*, *Little Miss Sunshine* o *Happines*.

Dejando al margen el tema de la pertenencia a un género u otro, asunto que en última instancia poco puede influir en el disfrute de la lectura, los trece cuentos de *Olive Kitteridge* constituyen sin duda un mundo literariamente autónomo y bien estibado que aporta al lector una experiencia de la que no puede salir indiferente. Un lenguaje acerado, no exento de humor e ironía, sirven a la autora para dibujar con acierto y profundidad la red de relaciones que se establece en una pequeña comunidad cuyos miembros trazan trayectorias que tarde o temprano acaban por cruzarse. El uso de la tercera persona procura a la voz narrativa la distancia suficiente como para observar a sus personajes con la frialdad de un taxonomista y la empatía de un psicólogo; ello sin perder un cierto grado de objetividad, a veces despiadado que, además, le permite narrar en ocasiones una misma anécdota desde dos o más puntos de vista.



Añadamos a esta riqueza el hecho de que, ocasionalmente, la narración se focaliza en la mirada de la señora Kitteridge, una antiheroína inolvidable, un ser que consigue hacerse cercano a pesar de su carácter rígido, de su nada agraciada apariencia física y de su incapacidad para percibir los sentimientos de sus seres más cercanos.

Emparentada con el estilo a la vez poético y preciso de Carson McCullers o Flannery O'Connor o, si nos referimos a la actualidad, con la acidez impía de Lorrie Moore o A. M. Homes, la autora disecciona en este mosaico impecable los hilos casi siempre asfixiantes de un lugar en que la existencia de los demás es la frontera de la propia.

Como es natural en un libro de cuentos, no hay un argumento que nos lleve de principio a final, pero hay, en cambio, una atmósfera homogénea, un clima en el que se recrea con fidelidad esa mezcla de pequeñas miserias y conmovedoras grandezas que acompañan siempre el desconcierto de las acciones humanas. Desfilan por *Olive Kitteridge* jóvenes que desean la muerte, adolescentes rebeldes, hijos despechados, viudas que se preguntan acerca del sentido de su vida, personas mayores que se ilusionan por la posibilidad de un nuevo amor, muertes súbitas, matrimonios que perduran gracias a la inercia, soledades dolorosas, violencias injustificadas, un conjunto de seres singulares que, a la vez, se erigen en verdaderos arquetipos que no olvidan ninguno de los tópicos con los que muchas veces relacionamos la sociedad estadounidense (psicoanálisis, obesidad o anorexia, sectas religiosas, droga, el sueño americano, entre otros).

Es rara y compleja la vida, parece declarar Strout, pero más raro y admirable es tener la valentía de seguir vivo en un tablero cuyo final, tras el implacable paso del tiempo, es para todos el mismo e inevitable. Los cuentos de Strout nos muestran esa verdad gracias a su indudable pericia para convertir detalles ínfimos, frutos de una envidiable capacidad de observación, en espejo de lo universal.

Elisabeth Strout:

"Amamos de modo imperfecto, eso nos hace humanos"

El premio Llibreter a la norteamericana Elizabeth Strout es todo un descubrimiento. A través de pequeños relatos que suceden en el mismo pueblo y en los que aparece el personaje que da título a la obra, retrata la complejidad de los sentimientos humanos

¿Qué significa recibir este premio para usted?

Mucho. Estar en compañía de Coetzee, Charles Baxter y Sandor Marai es muy emocionante. Agradezco la generosidad de los librereros catalanes al escoger mi libro.

¿Cómo describiría al personaje que da título al libro, Olive Kitteridge?

Una mujer complicada, con emociones feroces, y un ángulo muerto en la visión, una zona ciega cuando se refiere a aquellos a los que ama. En muchos sentidos, pienso en Olive como una versión más larga y elaborada de la mayoría de nosotros.

¿Y Henry, su marido?

Henry es un hombre muy temperado y que siente una inquietud sincera por los demás. Puede sufrir por estar casado con Olive pero también la valora mucho.

¿Y Kevin?

Es un joven que ha sufrido una historia traumática; está aislado por ello y se siente desconectado del mundo. Un día, de repente, Olive entra en su coche ¡y no quiere salir de ahí!

Esta es una novela coral, de pequeñas historias, pero ¿tiene usted un personaje favorito?

Sinceramente, quiero a todos mis personajes. Supongo que en mi corazón hay un lugar especial para Henry, simplemente por sus esfuerzos permanentes en pos de la decencia.



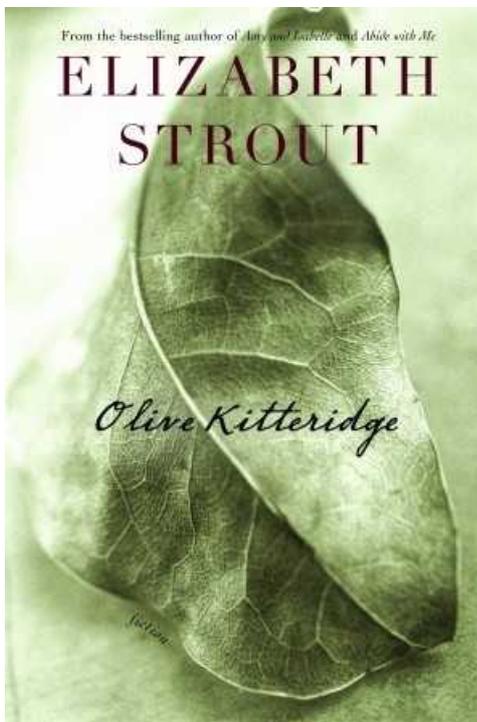


¿Es un libro sobre el sentido de la vida?

No sé si es más eso o un libro que muestra la variedad de la experiencia humana. ¿Qué significa ser humano? Casi todos nosotros amamos de manera imperfecta. Eso no nos hace malos, simplemente humanos. Este es un libro sobre gente avanzando a través de la vida, haciéndolo lo mejor que pueden, cualesquiera que sean las circunstancias, a menudo actuando ciega y egoístamente, pero al mismo tiempo siendo capaces de pequeños y grandes gestos de verdadera compasión y bondad.

¿Es sobre la traición?

Es un libro sobre la traición en el sentido de que todos los diferentes tipos de traición forman parte de la experiencia humana. No tiene por qué ser una traición referida al amor sexual: la traición se nos aparece bajo todo tipo de formas, ¿y quién no la ha sufrido en alguna de sus formas? ¿O quién no la ha infligido?



¿Y sobre el amor?

Es muy especialmente un libro sobre el amor. No hay ningún personaje que no busque el amor. Ninguno de ellos es inmune a la fuerza vital que el amor acarrea consigo. La vida es complicada, tanto como el carácter de los humanos, pero si hay en ella algo apreciable es el poder del amor. Sí, este tenía que ser, y es, un libro sobre el amor.

Las experiencias de los personajes son significativas, no triviales. No experimentan sensaciones simples, sino revelaciones, epifanías. ¿Por qué?

Supongo que porque eso es, para mí, lo que hace que leer ficción valga la pena. En la vida real no vamos por ahí recibiendo revelaciones todo el tiempo, pero a veces nos sucede, y eso es enormemente significativo. Así que, cuando escribo sobre los caprichos de la existencia humana, me intereso en esos momentos profundos de revelación. Como lectora siempre me han interesado también.

¿Quería reflejar la experiencia de los matrimonios de largo recorrido? Usted describe con sutileza cómo personas casadas se enamoran de otras personas y las sensaciones complejas que eso causa...

Quise reflejar lo mejor que supiera la experiencia de los matrimonios que llevan muchos años juntos. Cada pareja es diferente, por supuesto, y muy difícil de conocer por nadie, incluso a veces por sus mismos

componentes. Describo con sutileza esos enamoramientos de terceras personas porque quiero dar dignidad a esos sentimientos. La vida de una persona es muy importante, y enamorarse de alguien es algo también importante, esté uno casado o soltero. Un escritor tiene el deber, a mi juicio, de tratar esos sentimientos con dignidad, yo he pretendido captar toda la delicadeza y la fuerza de estas emociones.

¿Se basan los personajes en seres reales?

No directamente, sino que cada personaje es una compilación de muchas personas que he ido conociendo a lo largo de mi vida.

¿Su libro es una novela disfrazada?

Disfrazada no, pero sí puede leerse como una novela. Me gustaría que, al final, el lector sintiera que ha tenido una experiencia total, global, de Olive y de la ciudad donde vive. Pero no intenté disfrazar nada, solamente trabajé la estructura de los cuentos y su coherencia.

¿Qué ha descubierto de sí misma escribiendo este libro?



Tertulias Literarias

Me di cuenta de que tenía tendencia a no mirar de cara a las circunstancias profundamente desagradables. Eso puede sonar normal, ¿verdad? pero justamente es el trabajo de un escritor. Así que, mientras escribía, me repetía a mí misma: no seas cuidadosa, no protejas a esta gente, simplemente déjalos ir, que se suelten. Escribe sinceramente sobre ellos y déjalos que hagan la suya.

¿Qué nos puede decir de sus raíces en Maine? ¿El libro es también sobre esa identidad regional? Porque usted es muy diferente de otros escritores de Maine, como el mismo John Irving...

Mi identidad de Maine es diferente de la de muchos otros escritores de la zona porque incluye a muchas más generaciones de gente con poco dinero y un gran sentimiento de aislamiento social. Procedo de una estirpe de puritanos. Los puritanos abandonaron Inglaterra porque eran unos fanáticos, y así eran mis antepasados, gente con miedo a los sentidos y una aversión al placer. Creían también en el trabajo duro, y eso ciertamente me ha sido transmitido. Obviamente, tras diez generaciones, muchas de las cualidades originales se han quedado por el camino, pero no todas. Es un Maine muy diferente, como una vieja herencia.



¿Cuál fue su primera idea sobre el libro?

La primera cosa que me vino fue una imagen de Olive, sentada junto a una mesa de picnic en el día de la primera boda de su hijo. Era una imagen tan fuerte que me puse a escribir ese relato. Mientras lo hacía, me di cuenta de que Olive era un personaje más grande, alguien fuerte, que podía sostener un libro entero, y que la forma adecuada eran los cuentos, más que los capítulos.

El cuento sobre la toma de rehenes en un hospital ¿fue especialmente duro de escribir?

Sí, me tomó mucho tiempo. Era un relato que estaba escribiendo antes de que Olive se apareciera en mi imaginación. Hasta entonces, la historia no llegó a buen puerto. Tenía que aprender cómo narrar una historia desde el punto de vista de alguien que ha sido golpeado por un trauma real. No podía tener una forma lineal. Tuve que leer un montón de experiencias de secuestrados reales. Todo ello me llevó mucho tiempo, fue trabajoso.

¿Qué escritores le gustan?

¡Oh, admiro a tantos! No podría nombrarlos a todos. Me encantan Tolstoi y Chéjov y DH Lawrence y John Updike y Philip Roth y Alice Munro y Anita Brookner y Richard Bausch y Fitzgerald y Hemingway y William Trevor y John Cheever y Edith Wharton y Virginia Woolf y muchos muchos más.

'Olive Kitteridge', Premio Pulitzer 2008

Elizabeth Strout elige para su *Olive Kitteridge* -Premio Pulitzer 2008- el gran estilo, en consonancia con la gran literatura norteamericana del siglo XX, para describir las vidas de los habitantes de Crosby, un pueblecito de la costa de Maine, tan literaria. Sin embargo, su acercamiento a lo cotidiano es más relativo pues, aun reconociendo la peculiaridad y la violencia de las sociedades rurales estadounidenses, ocurren demasiados hechos extraordinarios -Olive y su marido Henry son tomados como rehenes; una familia vive encerrada en su casa por años, desde que su hijo asestó veintinueve puñaladas a una mujer; casi todos los personajes tienen un familiar próximo suicidado-. Esos hechos fuera de lo común, sin embargo, desarrollan sus consecuencias en el día a día, poniendo a prueba a los personajes, los muchos personajes de esta novela coral, construida como un agregado de relatos unidos por Olive Kitteridge y su familia.

GRUPO B



Podemos imaginar a la autora poniendo en boca de uno de sus personajes su teoría literaria: “Oh, cómo me divierto. La vida de toda esta gente. Todas las historias que no sabemos” (p. 155). Strout es inmisericorde con sus criaturas, que sufren golpe tras golpe; les atiza con un pesimismo casi complaciente, y al mismo tiempo que dispone los hechos para su sufrimiento, les trata con delicadeza y compasión, trazando una serie de retratos humanos sobresalientes, destacando sobre todos ellos el de Olive, una “bestia”, como ella misma se describe, a quien todos temen, que no deja de atormentar a su bondadoso marido, al que no ama, pero que siempre aparece cuando un vecino pasa un mal trago, reconfortándolo con su oronda presencia. Culpa y amargura mueven a esta mujer que, en realidad, no es malvada sino torpe, algo de lo que puede dar fe su hijo Christopher. Como les ocurre a tantos personajes en la novela, todo tiene su origen en el suicidio del padre.

Olive Kitteridge ofrece una serie de retratos psicológicos sobresalientes, envueltos en una prosa amplia, iluminada por la luz oblicua de Nueva Inglaterra. Sus personajes de la novela son, en su mayoría, ancianos; la literatura está dando un giro evidente hacia la vejez: “los cuerpos torpes, viejos y arrugados estaban tan necesitados como los suyos, jóvenes y firmes; que el amor no se podía tirar como si tal cosa, como si fuera una tarta en una bandeja de las muchas que te iban pasando” (p. 324), recordándonos que “los días se desperdiciaban uno tras otro” (p. 324).

Reseña sobre “Olive Kitteridge” (Revista Qué leer)

por Cecilia Blanco Pascual

Si las matemáticas siempre han sido temidas, en el pequeño pueblo de Crosby lo son aún más merced a la maestra que las enseñó en su día. Es *Olive Kitteridge*, cuyo carácter, exigente y obstinado a veces, paciente y lúcido otras, se nos revela en trece piezas exquisitas que tratan de la agradable rutina de una farmacia, los habituales de un piano-bar, un concierto en una iglesia o la boda de un pedicuro con una sabionda californiana.

Es éste un libro engañoso. Sus primeras páginas de bahías en calma, rojizos atardeceres y fragancias otoñales preparan al lector para el relato sosegado, amable y hasta demasiado blando de la vida cotidiana en el pequeño pueblo de Crosby, Nueva Inglaterra. Pero sucede con las primeras impresiones que no siempre son acertadas y, más pronto que tarde, comprobamos que poco o nada de plácido tiene la corriente vida de los paisanos de *Olive Kitteridge*, en torno a cuya figura se vertebra todo el volumen. La muerte, la enfermedad, la soledad, el miedo y el caos corren raudos, de hecho y por suerte, a reparar el exceso de almíbar. “Por suerte”, digo bien, pues el conflicto y el contraste son en la literatura, al contrario que en la vida, del todo deseables, si no imprescindibles.



Su ambigüedad formal es irrelevante. Ya se lea *Olive Kitteridge* como una novela de trece capítulos o como una colección de piezas autónomas, de lo que no hay duda es que, gracias a ella, Elizabeth Strout ha emparentado con la más ilustre tradición americana de cronistas de lo aparentemente banal y de lo cotidiano. Su epónima profesora retirada de matemáticas, correosa y de trato difícil, no estará seguramente a la altura del Frank Bascombe del mejor Richard Ford, pero no le anda demasiado a la zaga. Y si no me creen, ahí está todo un Pulitzer para constatarlo.

‘Olive Kitteridge’, el puñetazo televisivo de Frances McDormand

“¿Yo? ¿Dirigir? ¡Por favor, con uno en casa es más que suficiente!”. Frances McDormand (Chicago, 1957) pega un respingo, abre los ojos exageradamente y se abanica el sofoco con las dos manos. Puede que la actriz, ganadora del Oscar por *Fargo* y esposa de Joel Coen (de ahí su exclamación), no haya dirigido los cuatro episodios de *Olive Kitteridge*, la miniserie de la cadena HBO [que el lunes y el martes emite Canal+ Series](#) —dos entregas por día a las 21.30—, pero McDormand fue quien leyó la [novela homónima ganadora del Pulitzer en 2009](#) de Elizabeth Strout y compró



sus derechos, fue quien convenció a la HBO (que ha estrenado la serie este pasado fin de semana en Estados Unidos) de las maravillas del material, y fue quien —convertida en productora ejecutiva y protagonista— completó el resto del reparto y buscó realizadora (Lisa Cholodenko, candidata al Oscar con *Los chicos están bien* y conocedora del mundillo televisivo con la serie *L*). La guionista Jane Anderson —ya se pueden imaginar quién la contrató— bromea: “Solo le faltó hornear bollitos para sus compañeros en el rodaje. Pero ahora en serio, Olive Kitteridge es el bebé de Frances”. Vuelta a la aludida: “Si no me busco yo mi trabajo, cosa que ya hago en el teatro, ¿quién me lo va a ofrecer. Pero no quiero dirigir. Yo ya tengo dos carreras extraordinarias, la de ama de casa y la de actriz”.

La Olive Kitteridge del título es todo un personajazo, una profesora de mal carácter —“Una zorra”, en palabras de Anderson— en un pequeño pueblo de Nueva Inglaterra que amarga la existencia durante décadas a cuantos le rodean, empezando por su marido (Richard Jenkins, maestro en eso de encarnar a tipos comunes) y su hijo. Dentro de la complejidad de esa mujer, se esconden un montón de frustraciones, de ocasiones vitales perdidas —como su truncada relación sentimental con otro maestro, encarnado por Peter Mullan—, de dolorosa constatación de que “la infelicidad es el sentimiento que acabará por definir su existencia”, según McDormand. La actriz también entra en la categoría de mujer de armas tomar, y cuando la guionista comenta “Frances es parte Olive y parte Marge [su papel en *Fargo*]”, la aludida salta a puntualizar: “No. Marge y Olive son parte de mí. Yo las compuse. Existe cierta fascinación cuando aparece un personaje icónico —y estos dos lo son— en darle una vida que en realidad no tienen”.



Sí reconoce McDormand que las tres mujeres —la real y las ficticias— comparten orígenes de clase media. “Cuando leí la novela vi conexiones, intuí posibilidades. Y eso que está hecha a base de pequeñas historias que tuvimos que ensamblar en el libreto. Tengo 57 años, las películas no me esperan y yo tampoco he sido muy de levantar proyectos. Soy actriz secundaria en la gran pantalla. En teatro sí lo hago y ahora he aplicado esta planificación en la miniserie. Además, mi hijo ya es adolescente, no necesita que le controle. Olive Kitteridge es el bebé que me ha hecho superar la ausencia de mi bebé”.

McDormand habla de la experiencia de la serie, que prolonga el aliento del gótico americano que transmitía la novela, como de una experiencia transcineamatográfica: “Tienes que estar muy segura de que quieres hacer el personaje porque no es un rodaje de diez semanas para filmar 90 minutos. No. Olive Kitteridge necesita su tiempo de desarrollo en pantalla y por tanto más meses de rodaje. Yo veo muy poca televisión —no, no he visto la serie *Fargo*, ¿para qué?—; no tengo esa constancia para seguir un show y si la poseo la empleo en otras actividades”. ¿Es Olive en el fondo una de esas madres endurecidas por el paisaje vital y humano que le rodea? “Algo de eso hay. En el rodaje, muchísimos técnicos y actores me cuchicheaban: ‘Olive es mi madre’. La mía también se asemejaba. No me importa ser simpática a los telespectadores, solo me ha importado ser fiel a Olive”.

Fontes:

[El País \(21 agosto 2010\)](#) e [El País \(2 noviembre 2014\)](#)

[La Vanguardia \(23 xuño 2010\)](#)

[El Confidencial \(8 abril 2010\)](#)

[Qué Leer](#)

[Arquivo documental das Tertulias Literarias \(desde 2010\)](#)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996
Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>